

hubiese dentro de las murallas ó en los campos y que los enviasen con legados que se ocuparían con él de los intereses comunes á los cretenses y á los romanos. No asustaron mucho estas órdenes á los cretenses; siendo Gortina la única que devolvió los prisioneros. Pretende Valerio Ancias que el temor de la guerra hizo entregar cuatro mil prisioneros de todos los puntos de la isla; y que, á falta de otro título, esta sola consideración decidió al Senado á conceder el triunfo naval á Fabio. De Creta regresó el pretor á Éfeso, desde donde destacó tres naves hacia la costa de Tracia para expulsar de Enos y Maronea las guarniciones de Antioco y devolver la libertad á las dos ciudades.

FIN DEL LIBRO XXXVII.

LIBRO XXXVIII.

SUMARIO.

El cónsul M. Fulvio pone sitio á Ambracia, en el Epiro, y la recibe bajo capitulación.—Somete la isla de Cefalonia, termina la conquista de Etolia y concede la paz á los etolios.—Su colega En. Manlio derrota á los galogrecos, tolistoboyos, tectosagos, y troncmianos, que habían pasado al Asia sin reconocer la autoridad de los romanos.—Los censores cierran el lustro.—Tratado de alianza con Ariaratho, rey de Capadocia.—Cn. Manlio obtiene los honores del triunfo.—Acusación contra Escipión el Africano.—Su retirada á Literno.—Acusación contra Escipión el Asiático.—Generoso rasgo del Africano.

Mientras combatían en el Asia, no estaba tranquila la Etolia por efecto de otro movimiento nuevo que había partido de los athamanos. La Athamania (1), desde la expulsión de Aminandro, estaba gobernada por prefectos de Filipo, ocupándola guarniciones reales cuya insolente tiranía había hecho deplorar á Aminandro. Este príncipe se encontraba refugiado en Etolia, donde por cartas de sus súbditos se enteró del estado de las cosas en Athamania, por lo que alentó esperanzas de recobrar el trono: envió, pues, emisarios á los principales de la nación, á Argitheia, capital de la Athamania, anunciando que una vez bien decididas las dis-

(1) La Athamania era un reino pequeño de la región del Pindo.



posiciones de sus compatriotas, sostenido por un cuerpo de etolios, entraría en Athamania, con los magistrados etolios (*cum delectis Etolorum*) (1) que formaban el consejo de la nación y el pretor Nicandro; y cuando les vió dispuestos á todo, les enteró del día en que se presentaría en Athamania al frente de un ejército. Solamente cuatro hombres formaron al principio la conjuración contra las tropas macedónicas: en seguida buscaron seis cómplices cada uno; pero no confiando en tan corto número, más á propósito para guardar el secreto que para obrar, lo duplicaron, reuniéndose cincuenta y dos. Entonces se dividieron en cuatro grupos; uno marchó á Heraclea, otro á Tetraflia, donde ordinariamente estaba el depósito del tesoro real, el tercero á Teudosia y el cuarto á Argitheia. Habíase convenido que al principio permanecerían tranquilos y que se presentarían en público como para asuntos particulares; pero que un día dado sublevarían á la multitud para expulsar á los macedonios de las fortalezas. Cuando llegó el día, presentóse Aminandro con mil etolios en las fronteras, y, según lo convenido, en los cuatro puntos á la vez fueron expulsadas las guarniciones macedónicas y enviáronse cartas á las demás ciudades para que sacudiesen la intolerable tiranía de Filipo y reconociesen á su rey nacional y legítimo. De todas partes fueron expulsados los macedonios. Solamente la fortaleza de Theio, gracias á haber interceptado las cartas Zenón, jefe de los que la guarnecían, resistió durante algunos días; pero, lo mismo que las otras, muy pronto fué entregada á Aminandro y toda la Athamania reconoció al rey, exceptuando la fortaleza de Ateneo situada en las fronteras de la Macedonia.

(1) Estas palabras *cum delectis Etolorum* designan sin duda el cuerpo de magistrados etolios que Tito Livio llama *Apocleti*.

Al enterarse Filipo del levantamiento de la Athamania, partió con seis mil hombres y, con increíble rapididad, llegó á Gonfos, y dejando allí la mayor parte de su ejército, que no hubiese podido resistir aquellas marchas tan largas (1), se trasladó con dos mil hombres á Ateneo, única plaza que había quedado en poder de su guarnición. Algunas tentativas que hizo en los alrededores le convenció de que todo el país le era hostil, por lo que regresó á Gonfos, y, al frente de todas sus tropas, volvió á la Athamania. Adelantóse Zenón al frente de mil hombres de infantería, con orden de ocupar la Ethopia, altura que domina á Argitheia. Una vez en poder de su legado aquella posición, Filipo fué á acampar cerca del templo de Júpiter Acreo (2). Espantosa tempestad le retuvo allí un día, y al siguiente marchó sobre Argitheia. Al acercarse vió acudir á los athamanos á las alturas que dominan el camino, y en seguida se detuvo la vanguardia y todo el ejército se conmovió y se asustó, preguntándose qué sería de él si bajaban á los valles al pie de aquella roca. Esta agitación obligó al rey, que tenía prisa por temor de que le siguiese el enemigo, á salir de aquellos desfiladeros, á retirar los que marchaban á la cabeza y á retroceder. Los athamanos se habían contentado al principio con seguir á cierta distancia; pero á la llegada de los etolios, les dejaron atacar al enemigo por la espalda y se diseminaron por los costados. Algunos se adelantaron por senderos que conocían y se colocaron á la entrada de los pasos, apoderándose entonces horrible confusión de los macedonios,

(1) Para llegar al fuerte Ateneo había tenido que atravesar Filipo los desfiladeros de la parte superior del Pindo.

(2) Ya se ha dicho que se daba el nombre de *Acreus* ó *Acrea* á las divinidades que tenían su templo sobre una altura. En Siciona se adoraba á la Fortuna con este nombre y á Juno en Argos.



pronunciándose en desordenada fuga más bien que en retirada regular, atravesando el río y dejando en la otra orilla las armas y considerable número de hombres. Allí se detuvo la persecución, y sin nuevas inquietudes, regresaron á Gonfos, repasando á Macedonia. Los athamanos y los etolios, para caer sobre Zenón y los mil macedonios, marcharon por todos los caminos á Etopia. Los macedonios, intranquilos por su posición, ganaron apresuradamente un punto muy elevado y al mismo tiempo escarpado; pero los athamanos pudieron llegar por muchos senderos y desalojaron al enemigo. Los macedonios se dispersaron sin poder en medio de aquellas rocas impracticables y desconocidas encontrar salida para huir, y cayeron en manos ó bajo la espada de los vencedores. Muchos, cegados por el terror, rodaron á los precipicios, consiguiendo solamente Zenón con muy pocos refugiarse al lado del rey. Al día siguiente se concedió á los vencidos una tregua para enterrar sus muertos.

Una vez en el trono Aminandro envió legados, uno á Roma, al Senado, y otro al Asia, á los Escipiones, que se habían detenido en Éfeso después de la gran batalla contra Antioco. Pedía la paz, se excusaba por deber á los etolios la conquista de sus estados hereditarios y se quejaba de Filipo. Al salir los etolios de la Athamania, marcharon contra los amfiloquios, y, gracias á la sumisión voluntaria de la mayor parte de sus pueblos, hicieron reconocer sus leyes y su autoridad á toda la nación. Tomada Amfiloquia (que en otro tiempo perteneció á la Etopia), marcharon con iguales esperanzas á la Aperancia, comarca que también se sometió casi sin resistencia. La Dolopia no había obedecido jamás á los etolios, sino que pertenecía á Filipo. El primer impulso de los habitantes fué correr á las armas; pero ante la noticia de la sumisión de los amfiloquios, de la huida de

Filipo fuera de la Athamania y del desastre de su ejército, abandonaron también el partido de los macedonios por el de los etolios. Con estas conquistas sucesivas creían los etolios tener otros tantos baluartes por el lado de Macedonia, cuando supieron que Antioco había sido vencido en el Asia por los romanos, y poco después sus legados regresaron de Roma sin esperanzas de paz, anunciando que el cónsul Fulvio había pasado ya el mar al frente de un ejército. Aterrados los etolios, pidieron á los de Rodas y á los atenienses que intercediesen por ellos, confiando en el apoyo de estos dos pueblos para que volviesen á darles audiencia en el Senado, cerrado antes á sus ruegos, y enviaron á Roma los principales de su nación para intentar otro esfuerzo: por temor de atraerse la guerra, no habían tomado ninguna disposición y tenían el enemigo casi en las puertas. M. Fulvio, que había desembarcado en Apolonia, se ponía ya de acuerdo con los habitantes más notables del Epiro para acordar por dónde había de dar comienzo á las operaciones. Los epirotas querían atacar Ambracia, que acababa de entregarse á los etolios. «Si los etolios acudían en defensa de la plaza, las llanuras inmediatas eran á propósito para una batalla. Si no se presentaban, no sería difícil tomar la ciudad. Habían llevado muchos materiales para levantar calzadas y demás obras para el sitio; allí tenían el Arethón, río navegable, cómodo para los transportes, que corría al pie de las murallas y además la estación era excelente» (1). Estas razones decidieron á Fulvio á encaminarse al Epiro.

Cuando llegó el cónsul delante de Ambracia, vió que

(1) La llanura de Arta, tan rica y fértil, no es practicable más que en estío. En la época de las lluvias queda inundada, y solamente presenta hondonadas y charcas que la hacen inhabitable para un ejército.



el sitio exigía grandes trabajos. La ciudad está situada al pie de una altura escarpada, que los habitantes designan con el nombre de Peranthó. Por la parte de la llanura y el río mira la ciudad á Occidente; por el Oriente se encuentra la fortaleza que se ve en las alturas. El río Arethón, que nace en la Athamania, viene á desembocar en un golfo de la costa, llamado, del nombre de la ciudad inmediata, Golfo Ambraciano. La plaza, cubierta de un lado por el río y del otro por las alturas, encuéntrase además rodeada de buenas murallas, en extensión de tres mil pasos, algo más del circuito. Fulvio estableció por el lado de la llanura dos campamentos, á corta distancia uno de otro, y elevó un fuerte sobre una eminencia enfrente de la fortaleza. El conjunto quedó reunido por una empalizada y un foso, de manera que cerrase toda salida á los sitiados y toda entrada de socorros del exterior. A la noticia del sitio de Ambracia, un edicto del pretor Nicandro reunió á los etolios en Estrato. Su primer movimiento fué acudir con todas sus fuerzas para hacer levantar el sitio; pero cuando vieron la ciudad casi completamente bloqueada, y á los epirotas acampados al otro lado del río en la llanura, se decidieron á dividir sus fuerzas. Eupolemo partió para Ambracia con mil hombres armados á la ligera, atravesó las líneas, que no estaban cerradas aún y penetró en la ciudad. Nicandro, con el resto de las fuerzas, pensó primeramente atacar el campamento de los epirotas, colocado fuera del alcance de los romanos, separados de sus aliados por el río; pero en seguida le pareció el proyecto demasiado peligroso, en el caso en que los romanos descubriesen el movimiento y le cortasen la retirada; renunciando por tanto á él y marchó á devastar la Acarnania.

Habiendo terminado el cónsul los trabajos de circunvalación y los necesarios para aproximarse á la ciudad,

mandó atacar por cinco puntos, á la vez: tres de estos ataques, en tres puntos de acceso más fácil, que daban á la llanura, se dirigían contra el barrio llamado Pirrheo, otro al barrio de Esculapio y el quinto contra la fortaleza. El ariete batía las murallas y los maderos armados con guadañas arrancaban las almenas (1). El espanto y el vértigo se apoderaron pronto de los habitantes al ver y oír el formidable ruido de los golpes que descargaban contra las murallas. Pero viendo, contra lo que esperaban, que las murallas resistían, recobraron valor, descargaron por medio de máquinas masas de plomo y grandes piedras sobre los arietes; con anclas de hierro cogían las guadañas, las atraían al interior y las rompían, y con salidas, nocturnas contra los que custodiaban á los trabajadores y de día contra los puestos avanzados, infundieron espanto al enemigo. Así estaban las cosas delante de Ambracia, cuando los etolios, después de devastar la Acarnania, regresaron á Estrato. El pretor Nicandro, esperando hacer levantar el sitio por medio de una tentativa atrevida, envió desde allí á un tal Nicodamo, al frente de quinientos etolios, para que penetrase en Ambracia. Fijóse noche y una hora para atacar la ciudad y las obras levantadas por el enemigo delante de Pirrheo, mientras que el pretor acudiría personalmente á difundir espanto en el campamento de los romanos, confiando en esta doble alarma y en la noche que aumenta el terror, para dar un golpe notable. En efecto; Nicodamo, á favor de la obscuridad, consiguió burlar los primeros puestos, pasó por medio de otros á fuerza de resolución, forzó una parte de las líneas y penetró en la ciudad devolviendo la audacia y

(1) Se daba el nombre de guadaña, por la forma de su hierro, á un madero armado con un gancho para arrancar las piedras de las murallas. Estas máquinas, lo mismo que los arietes, quedaban cubiertas por una tortuga ó mantelete.



esperanza á los sitiados; en seguida, cuando llegó la noche, según las órdenes recibidas, atacó de pronto las obras. La tentativa fué más atrevida que afortunada, no estando sostenida en el exterior, porque el pretor de los etolios no acudió, por temor ó porque esperase ser más útil socorriendo á los amfiloquios recientemente sometidos al dominio etolio, y que Perseo, hijo de Filipo, encargado de conquistar la Dolapia y el territorio de Amfiloquia, tenía estrechados con todas sus fuerzas.

Como ya se ha dicho, sobre tres puntos á la vez habían levantado sus máquinas los romanos contra el Pirrheo, pero con armas y vigor poco uniformes; los etolios atacaron con antorchas, estopas, pez, haces inflamados (*malleolos*) (1), avanzando todo el ejército brillando con los fuegos. En el primer ataque perecieron muchos guardias; pero en seguida se propaga al campamento el ruido y el tumulto, el cónsul da la señal, acuden á las armas y por todas las puertas salen corriendo los soldados, rechazando en un punto el hierro y las llamas; y en los otros antes hubo escaramuza que combate, retirándose los etolios. Todo el ardor de la pelea se reconcentró por tanto en un solo punto; allí, cada uno por su lado, Eupodemo y Nicodamo animaban á los combatientes, excitándoles con la esperanza de que en seguida iban á ver á Nicandro acudir, según lo convenido, y caer sobre la espalda del enemigo. Esta esperanza sostuvo por algún tiempo los ánimos, pero lejos de ver la señal convenida, el enemigo aumenta sin cesar. El

(1) Los había de dos clases: unos eran cuerdas de junco embadurnadas con pez, que se arrojaban encendidas sobre el enemigo ó sobre sus obras; otros eran flechas inflamadas, que se lanzaban algunas veces con balistas. Estas armas se parecían bastante á las filáricas, lanzas rodeadas con estopas empapadas en pez, azufre y resina.

ardor va cediendo, y al fin retroceden, se repliegan con bastante peligro y son rechazados, huyendo hacia la ciudad, después de haber incendiado parte de las obras y dado muerte á mayor número de los que ellos perdieron. Si hubiesen cumplido lo acordado, indudablemente las obras, al menos sobre un punto, hubiesen podido quedar en gran parte destruídas y rechazados los romanos con grandes pérdidas. Los habitantes de Ambracia y los etolios que se encontraban en la ciudad renunciaron aquella noche, no solamente á sus tentativas, sino que desde aquel momento, creyendo que sus compañeros les habían hecho traición, perdieron mucha energía. En adelante no volvieron á hacer salidas contra los puestos enemigos, no combatiendo más que desde lo alto de las murallas, desde las torres y en puntos seguros.

— Cuando Perseo supo la llegada de los etolios, abandonó el sitio, se contentó con talar los campos de los amfiloquios, salió de ellos y regresó á Macedonia. Los etolios fueron á su vez llamados por la devastación de sus costas. Pleurato, rey de Iliria, había entrado con sesenta naves en el golfo de Corinto, de acuerdo con la flota aquea, que se encontraba en Patras y devastaba todo el litoral de la Etolia. Un cuerpo de mil etolios, enviado contra el enemigo, siguiendo la marcha de la flota, que recorría todas las sinuosidades de la costa, acudía por los senderos más cortos á todos los puntos amenazados. Por otra parte, los romanos, delante de Ambracia, á fuerza de batir las murallas con el ariete en muchos puntos, habían concluído por abrir brecha, sin poder sin embargo penetrar en la ciudad; porque, en cuanto caía una muralla, levantaban otra en su lugar, y los combatientes, de pie sobre las ruinas, formaban parapeto con sus cuerpos. Cansados del poco éxito de la viva fuerza, el cónsul resolvió abrir una mina, seña-



lando la dirección con manteletes (1). Aunque el trabajo continuó día y noche y después de las excavaciones tenían que trasportar las tierras, el enemigo no sospechó nada. Pero aquellos grandes montones de tierra descubrieron al fin el trabajo á los ojos de los sitiados. Temiendo que sus minadas murallas diesen paso ya al enemigo, comienzan á abrir una contramina desde la ciudad enfrente del sitio cubierto ya con los manteletes. Cuando llegaron á la profundidad á que suponían la mina, guardan silencio, aplican el oído al suelo (2) y procuran escuchar el ruido de la excavación. Oyendo y en seguida horadan en línea recta: la obra fué muy ligera. En pocos momentos llegaron á la parte hueca y á los puntales con que el enemigo sostenía el suelo (3). Encuéntrense los trabajadores, ábrese comunicación entre la mina y la contramina, y emplean como armas las herramientas: en el acto penetran soldados bajo tierra, y en la obscuridad se traba un combate que cede muy pronto, porque los sitiados ciegan la mina con sacos de tierra y materiales arrojados apresuradamente. Inventóse también una máquina nueva, fácilmente manejable, para oponerla al enemigo. Era ésta un tonel horadado por el fondo para dejar paso á un tubo muy delgado, construído de hierro, lo mismo que la cubierta

(1) Según Polibio, el mantelete que protegía á los trabajadores estaba paralelo á las murallas y era muy largo.

(2) Refiere el mismo historiador, que, cuando los sitiados llegaron á cierta profundidad, colocaron en el fondo del Foro unos como calderos de bronce muy delgados, cuyo sonido les señalaba los trabajos de los minadores. Otras ciudades sitiadas apelaron á los mismos aparatos.

(3) Cuando los minadores llegaban al pie de la muralla, la zapaban en considerabe extensión, apuntalándola con madera, que algunas veces rodeaban de materias combustibles. Después de ordenar las tropas para el asalto, prendían fuego, y la muralla se derumbaba de pronto, dejando ancha brecha.

del tonel (1), horadada también en muchos puntos. Llenaron el tonel de plumas muy ligeras y volvieron la cubierta contra la mina. Por los agujeros de la cubierta salían largas picas ó sarissas destinadas á mantener alejados á los enemigos; arrojaron un tizón á la pluma, y por medio de un fuelle adaptado á la abertura del tubo, la prendieron fuego. En seguida brotaron nubes de humo, y tal olor á pluma quemada llenó la mina, que era imposible resistir.

Así estaban las cosas delante de Ambracia cuando se presentaron al cónsul provistos de plenos poderes, en virtud de un decreto de la nación, Feneas y Damoletes, legados etolios. Viendo su pretor, por un lado Ambracia sitiada y por otro toda la costa talada por una flota enemiga, y en fin la Dolopia y el territorio de los amfiloquios devastado por los macedonios, y comprendiendo que los etolios no podían hacer frente á tres enemigos á la vez, había convocado el consejo y consultado á los principales de la nación acerca de lo que era necesario hacer, contestando todos á una voz: «La paz como condiciones ventajosas, si era posible; en todo caso, tolerables; las promesas de Antioco eran las que habían arrastrado á la guerra. Habiendo sido derrotado Antioco por mar y tierra, y arrojado casi fuera del mundo, al otro lado de la cordillera del Tauro, ¿qué esperanzas podían tener para continuar la guerra? Era necesario encargarse á Feneas y á Damoletes que obrasen según su conciencia, como creyesen conveniente, atendido el estado de los negocios del país. ¿Qué otra cosa podían hacer cuando no les dejaba elegir la fortuna?» Tales eran las instrucciones de los embajadores, quienes rogaron al cónsul «que perdonase á la ciudad, que se compade-

(1) La parte que miraba á la mina era la protegida con la cubierta de hierro. Por lo demás la anchura del tonel se ajustaba á la de la mina.



ciase de una nación, antigua aliada de Roma, extraviada, si no por la insolencia, al menos por la miseria. Las faltas de los etolios en la guerra contra Antioco no eran mayores que sus servicios en la sostenida contra Filipo, y no habiendo sido exagerada la recompensa, tampoco debía ser excesivo el castigo.» El cónsul contestó: «Que las súplicas de los etolios eran más frecuentes que sinceras: que debían pedir la paz como Antioco, puesto que ellos le habían arrastrado á la guerra. Antioco no había abandonado, añadió, aquellas ciudades cuya libertad fué causa de la guerra, sino toda el Asia á este lado del monte Tauro, todo un reino opulento. Mientras los etolios no abandonasen las armas, no escucharía sus proposiciones de paz; era necesario que entregasen las armas y los caballos; en seguida, que pagasen al pueblo romano mil talentos de plata, la mitad al contado, si querían conseguir la paz; y en fin, que por cláusula expresa del tratado, se comprometiesen á no tener otros amigos ni enemigos que los del pueblo romano.»

Aunque las condiciones eran duras, los legados, que conocían el carácter indómito y variable de sus compatriotas, no contestaron y volvieron para pedir consejo al pretor y á los principales de la nación, sin hacer nada por su parte, siendo recibidos con gritos amenazadores. «¿Por qué dilataban las negociaciones cuando llevaban orden de terminarlas á toda costa?» Mandáronles regresar á Ambracia, y en el camino cayeron en una emboscada de acarnanios, á la sazón en guerra con la Etolia, llevándoles á Thurio para encarcelarles; retrasando la paz este nuevo obstáculo. Pero los legados de Atenas y de Rodas, que habían llegado para interceder en favor de los etolios, estaban ya al lado del cónsul, y Aminandro, rey de los athamanos, provisto de un salvoconducto, había llegado al campamento de los roma-

nos, para rogar, no tanto en favor de los etolios, como de la ciudad de Ambracia, donde había pasado la mayor parte de su destierro. Supo el cónsul por su boca lo ocurrido á los dos legados y les hizo traer de Thurio, comenzando de nuevo las negociaciones á su llegada. Aminandro, que se había encargado de atraer á los ambracianos á capitulación, desplegaba para ello toda su actividad; pero las entrevistas que celebraba con los habitantes principales al pie de las murallas, no producían ningún resultado; al fin obtuvo permiso del cónsul para penetrar en la ciudad, y allí por medio de ruegos y consejos decidió á los sitiados á rendirse á los romanos. También consiguieron los etolios poderoso intercesor en C. Valerio, hijo de Levino, que fué el primero que tuvo relaciones de amistad con esta nación y hermano uterino del cónsul. Los ambracianos abrieron las puertas bajo la condición de que sus auxiliares etolios podrían salir con toda seguridad; después los etolios tendrían que pagar quinientos talentos euboicos, doscientos al contado y los restantes en seis plazos anuales por cantidades iguales; que devolver á los romanos los prisioneros y los desertores, y renunciar á toda pretensión sobre las ciudades que, desde el paso de T. Quincio á Grecia, habían tomado los romanos, ó voluntariamente habían ajustado amistad con ellos; en fin, la isla de Cefalonia debía quedar fuera del tratado. Aunque estas condiciones eran menos rigurosas de lo que esperaban, los legados etolios pidieron y obtuvieron permiso para consultar al consejo. El artículo concerniente á las ciudades encontró alguna oposición. Aquellas ciudades habían estado algún tiempo bajo las leyes de la Etolia, y era duro para la nación consentir en su desmembramiento. Sin embargo, reinó unanimidad para que se aceptase la paz. Los ambracianos ofrecieron al cónsul una corona de oro que pesaba ciento cincuenta



libras (1); estatuas de bronce y de mármol, obras maestras de pintura, que decoraban aquella ciudad, antigua residencia del rey Pirro, contándose allí en mayor número que en cualquiera otra de la comarca, todo fué arrebatado y llevado. De lo demás, á nada tocaron ni á nadie vejaron.

El cónsul partió de Ambracia, penetró en el interior de la Etolia y fué á acampar delante de Argos de Amfiloquia, á veintidós millas de Ambracia. Allí fueron á buscarle los legados etolios cuya larga ausencia comenzaba á causar extrañeza. Dijéronle que el consejo de la nación había aprobado la paz, y el cónsul les envió á Roma, acompañados por los rodios y los atenienses, sus intercesores, y por su hermano C. Valerio, pasando él á la isla de Cefalonia. Los legados encontraron en Roma prevenidos los ánimos de los patricios por las acusaciones de Filipo; quien, á fuerza de quejarse por medio de legados y de cartas de la liberación de la Dolopia, de la Amfiloquia y de la Athamania, de la expulsión de sus guarniciones y de su hijo Perseo del país de los amfiloquios, había preparado al Senado para que rechazase las súplicas de los etolios. Sin embargo, el legado ateniense León, hijo de Icesias, consiguió impresionar á la asamblea con su elocuencia, sirviéndose de la acostumbrada imagen, del mar tranquilo agitado en seguida por los vientos, comparó este mar con el pueblo etolio (2) «que, mientras guardó fidelidad á la república romana, permaneció en el estado de calma natural á la nación; después, dijo, cuando sopló del lado

(1) Sabido es que *corona* no significa siempre corona, sino algunas veces regalo, ofrenda, recompensa. Una corona de oro de 150 libras hubiese tenido peso exorbitante, porque la libra romana era de trescientos veinticuatro gramos.

(2) Escipión compara también á la multitud á un mar que los agitadores commueven.

del Asia el viento de Thoas y de Dicearco, y del lado de Europa el de Menestas y Damócrito, se levantó aquella tempestad que impulsó la nación hacia Antioco como sobre un escollo.»

Después de muchas dificultades, los etolios consiguieron al fin un tratado de paz con estas condiciones: «La nación Etolia reconocerá sinceramente el imperio y majestad del pueblo romano; no concederá paso á ningún ejército que marche contra sus aliados y amigos; no le suministrará ningún socorro; considerará enemigos á los que lo sean del imperio romano, tomará las armas contra ellos, y les hará también la guerra; devolverá los desertores, los esclavos fugitivos y los prisioneros á los romanos y á sus aliados, exceptuando aquellos prisioneros que, después de haber sido devueltos á su patria, hubiesen sido capturados de nuevo, ó los que se hayan encontrado entre los enemigos de Roma en época en que los etolios formaban parte de los ejércitos romanos. Fuera de estos, entregarán á los magistrados de Corcira, en el término de cien días, todos aquellos que se encuentren en su poder; los que hayan desaparecido se entregarán á medida que se les encuentre: la nación entregará á elección del cónsul romano cuarenta rehenes de doce años por lo menos y de cuarenta á lo más. No se comprenderán en este número el pretor, el jefe de los caballeros, el escribano público, ni ninguno de los que ya hubiesen sido entregados como rehenes al pueblo romano. Cefalonia no quedará comprendida en el tratado.» En cuanto á las cantidades que debían pagar y forma de los pagos, no se cambió nada á lo dispuesto por el cónsul. Sin embargo, los etolios podrían pagar en oro, si lo preferían, con tal de que cada moneda de oro no valiese más de diez de plata (1). «En cuanto á las

(1) Antes de Solón, el valor del oro entre los griegos era de



ciudades, territorios ó habitantes que habían estado bajo la dominación etolia, pero que bajo el consulado de T. Quincio y de Cn. Domicio ó posteriormente quedaron sometidas por las armas romanas ó voluntariamente se colocaron bajo el dominio del pueblo romano, prohibiéndose á los etolios tratasen de recobrarlas. Las Oenicias con su ciudad y territorio se devolverían á los acarnanios.» Tales fueron las condiciones del tratado ajustado con los etolios.

En el mismo verano, y casi en los mismos días en que tuvieron lugar las operaciones del cónsul M. Fulvio en Etolia, el otro cónsul Cn. Manlio hacía en la Galogrecia (1) la guerra que vamos á referir. Al principio de la primavera llegó el cónsul á Éfeso, tomó el mando que dejaba L. Escipión, revistó el ejército y arengó á los soldados. Alabó aquel valor que solamente había necesitado una batalla para terminar la guerra contra Antioco, y en seguida les exhortó á emprender otra guerra contra los galogrecos, auxiliares de Antioco, nación de carácter indómito, que hacía inútil la expulsión del rey al otro lado del monte Tauro, mientras no se destruyesen sus fuerzas. Finalmente habló de sí mismo con pocas palabras, sin jactancia ni exageración. Los soldados oyeron con suma complacencia al cónsul, pensando que los galogrecos habían formado parte del ejército de Antioco, y que habiendo sido vencido el rey, debían ser enemigos poco temibles. La ausencia de Eumeno en aquel momento (encontrábase en Roma) pareció al cón-

doce veces y media el de la plata en igualdad de peso. Pero Solón aumentó el peso de las monedas nuevas, y desde entonces el oro valió diez veces su peso de plata.

(1) Los gálatas habían suministrado socorros á Antioco y no se les comprendió en el tratado de paz como á los demás auxiliares de aquel rey. Manlio aprovechó este pretexto para atacarles, porque era el único pueblo que, por su valor y fuerza, era terrible aún en el Asia Menor.

sul un contratiempo desagradable, porque conocía el terreno y las costumbres de aquellas gentes, y estaba interesado en la ruina de los galogrecos. No pudiendo tenerle á su lado, llamó de Pérgamo á su hermano Atalo, y le invitó á unir sus fuerzas con las romanas; Atalo ofreció su auxilio y el de sus compatriotas, y regresó á Pérgamo para hacer sus preparativos. Pocos días después Atalo, á la cabeza de diez mil peones y doscientos caballos, se reunió al cónsul que se había alejado de Éfeso: Atalo había dado orden á su hermano Ateneo para que le siguiese con el resto de las fuerzas, dejando la guarda de Pérgamo á hombres cuya abnegación por su hermano y el estado le inspiraba completa confianza. El cónsul elogió al joven príncipe, y avanzó con todas sus fuerzas hasta el Meandro, donde acampó, en la dificultad de vadear el río, esperando barcas para efectuar el paso. Cruzado el Meandro, llegó á Hieran Comen.

Posee esta ciudad un templo de Apolo y un oráculo, cuyas respuestas, según se dice, las dan los sacerdotes en elegantes versos. En dos días de marcha llegó el ejército romano hasta el río Harpaso: donde acudieron legados de Alabanda para rogar al cónsul que de grado ó por fuerza hiciese someterse al dominio de sus antiguos señores una fortaleza que acaba de sustraerse á su obediencia. Allí se reunió al ejército Ateneo, hermano de Eumeno y de Atalo, acompañado por el cretense Leuso y por el macedonio Corrago: estos traían mil infantes y trescientos jinetes de diferentes pueblos. El cónsul destacó un tribuno militar con algunas fuerzas para que se apoderase de la fortificación y lo devolviese á los habitantes de Alabanda. Por su parte, sin separarse de su camino, marchó á acampar cerca de Antioquía sobre el Meandro. Nace este río en Calenas, antigua capital de la Frigia: los habitantes habían abandonado la ciudad, y á corta distancia habían construido otra, llamada